

A UN AMIGO PROVINCIANO

Enrique Ballesté 29 año de Letras Españolas Fac. de Filosofía

Querido Manuel, desde hace mucho tiempo debía haberme puesto en comunicación contigo. Perdóname por no hacerlo, pero es que desde que te fuiste hasta la fecha han pasado muchas cosas, cosas que han trastornado por completo la vida pacífica y tranquila a la que estaba acostumbrado.

—En el aire volaban tristes nuevas. El reloj de la ciudad anunciaba siete horas y la gente apresuraba su camino.

—¡Muy mal!, demasiado cursi. El reloj no anuncia, da las siete de la mañana o de la noche, y además la gente de las ciudades siempre va aprisa. Si hubiese puesto, y la gente detenía su camino hubiera estado mejor.

La vida de la cual gustábamos tú y yo. Ya me imagino qué bien se ha de estar allá. Calma y paz. Estoy seguro de que en las noches te has de ir a pasear a la plaza. ¡Qué hermosa es esa plaza! Sólo bastaba con sentarse en una banca para sentirse transportado a otros mundos. El aire llenaba los pulmones de frescura y le metía a uno música en todo el cuerpo. ¡Y pensar que una vez mi mundo fue esa plaza y la música que de ella salía! Valses, sobre todo valsos, muy tristes y muy lentos, que tan bien tocaban los del conjunto del maestro Zuazo. Has de estar de acuerdo conmigo que el más hermoso era "Ojos de Juventud".

—¡Apaguen ya ese radio por favor! Es imposible soportarlo. Su ruido marea hasta las paredes.

—¿Y qué hacemos? ¿Te vemos?

—¡Apáguenlo! ¡Apáguenlo! Va a hacer que explote mi cabeza.

—Ya están de nuevo éstos con sus gritos.

—Yo no sé cómo no los encierran.

A María le gustaba tanto. Me acuerdo que una noche en que lo bailamos se puso a llorar en mi hombro y me dijo:

—Cuando me muera quiero que me lo toquen.

Espero que un día de éstos le lleves flores de mi parte. Supe por un conocido que su madre murió también. ¡Qué lástima, era muy buena gente!

¿Y qué me dices del Sr. Méndez? ¡Ojalá que su asunto se haya arreglado! Es una gran persona, y a mí en lo particular me ayudó mucho.

—¡Estúpido! ¡Estúpido! Si a ti todos te ven la cara. Ahora sí que el único camino que nos queda es pedir limosna. Ya te decía que ése lo que iba a traernos era hambre.

¿Y el señor Medina y su proyecto de la fuente en qué quedó? ¿Una Sirena o un Neptuno? Francamente a mí me gusta el Neptuno. Cerca de donde vivo hay una hermosísima; está formada por niñas y niños desnudos que juegan. Están tan bien hechos, que cada día que paso por ahí me detengo un instante para reír sus bromas. ¿Y de dónde crees que brota el agua? . . . Acertaste, de ahí. ¡Ojalá que hubiera una allá! ¡El grito que pondría doña Mariana y su club!

Perdona que te agobie con tantas preguntas, pero es que me gustaría saber cómo anda todo. Estoy seguro de que nada me sería familiar si volviera. Las casas han de estar más grandes y las muchachas no han de ser las mismas. Me imagino que el que no cambia es el polvo; un polvo que se metía por todas las rendijas del cuerpo y nos daba aspecto de polvorones. No creas por todo esto que digo que estoy a disgusto.

—Despertar pronto y con sueño, oyendo el alboroto que sin cesar hacen los coches y los aviones. Los gritos de las gentes malhumoradas, el ruido de los pocillos y las llaves del baño.

—¡María el pan!

—¡Gua, gua, gua!

—¡Cunñaa! ¡Cunñaa!

—¡Luisa prepárame el baño que llego tarde!

—¡Cállense escandalosos!

—¡Josefa va a traer la leche!

—Corazón

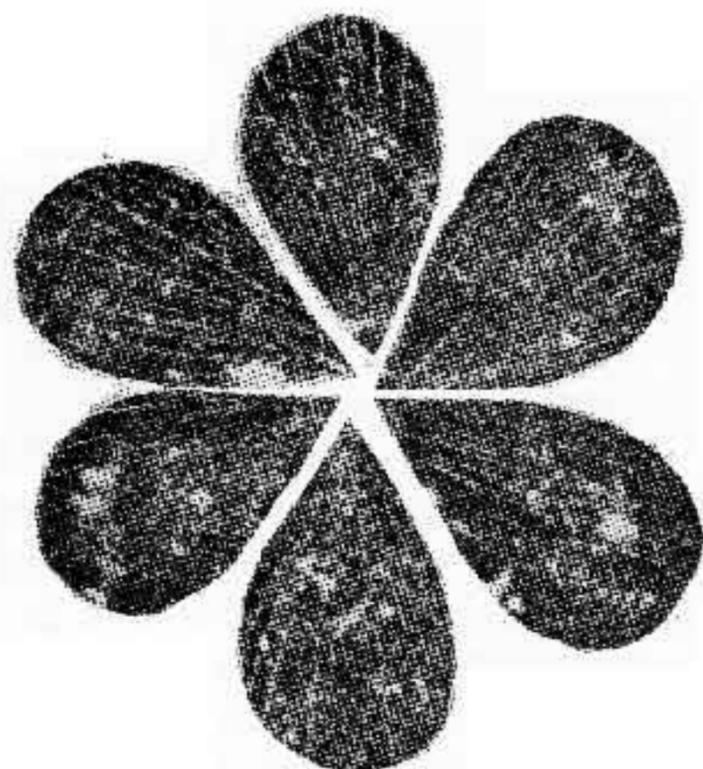
de melón, de melón,

melón, melón,

Corazón.

—¡Magda, el desayuno que ya se me hace tarde para la escuela!

No, al contrario. La ciudad es hermosa. Sus edificios y su gente imponen. Si vieras cuánto he aprendido aquí. Y los libros que he leído. Y los maestros. Francamente creo que el profesor Mateo tenía razón al decir que en la provincia es imposible evolucionar. Y por si aún te quedan dudas, te reafirmo que el mejor paso que he dado en mi vida fue el de



venirme para acá. Aunque a veces, y conste que te lo digo, siento algo aquí dentro que me hace volver la mirada hacia atrás; me parece que es nostalgia. Y es que cinco años son muchos años, tantos que a ciencia cierta no sé si mis preguntas tengan respuesta.

Pero la presente no lleva la misión de que yo me informe, si no de que tú te enteres cómo va todo por aquí. Te sorprenderás cómo ha cambiado mi vida. Algunos pasos han sido tan serios que no me atrevo a contártelos.

—¡Cásate! ¡Cásate! Es bueno para ti. Ayudará a que te asientes y por lo tanto mejorarán tus escritos y tu estilo, además eso de tener mujer es casi, casi, como ponerse los zapatos. Rocha desde que se casó le ha ido excelente; hasta ya le publicaron. Hazme caso, ella te podrá ayudar en tus momentos de crisis, y siempre ha sido mejor abrazar a una mujer que a una botella.

Me casé, Manuel. Justo al año de que te fuiste. Era compañera mía en la Universidad. Es hermosa, tiene unos ojos verdes enormes —como diría Marcos, propios para marinos—, su tez es apiñonada. No es alta ni baja. Estoy seguro de que cuando la conozcas te gustará. La primera vez que la vi estaba llorando; la habían reprobado en un examen.

—Hemos arruinado nuestras vidas. Ya no podremos ser nada. Estamos atados por el lazo común de la mediocridad. ¡Qué imbécil! Entregarlo todo para no recibir nada. Ahogado de por vida en este mar de pobreza e incertidumbre. Si al menos tuvieras algo fijo. Si al menos fueras una promesa como escritor, pero, eres como todo lo que me rodea, pobre. ¡Qué lástima!

Todo fue rápido y casi sin sentirlo. Como comprenderás mi vida cambió completamente; conseguí un empleo por las mañanas y en las tardes aún tomo clases. Al año tuvimos un niño, un hermoso y gordo niño. Se llama Manuel y es todo ella. ¿Te acuerdas que siempre nuestras conversaciones terminaban en qué se sentirá estar casado y con hijos? Ahora ya te puedo decir qué se siente. Es como la seguridad que tiene una estatua al sentir su base. No importa la lluvia, el frío, el viento, los insultos de la gente. Ella te sostiene y te mantiene recto, indicándote que el camino siempre es hacia arriba. Te aprieta firmemente y te da calor. Te compensa de todo y por todo. Y lo único que te pide es que estés ahí; dejándote hacer.

—No tener amor, estar vacío y con frío. Vivir al lado de una materia que se mueve estúpidamente, que habla y no dice nada. Convivir minuto

a minuto, hora a hora con un rostro inexpresivo, que nos ve fijamente tratando de taladrarnos. Eso produce un dolor, un malestar que se clava aquí dentro e impide movernos. Una punzadura que hace pensar las peores cosas y garrapatear las hojas con groserías y maldiciones. Olvidarlo todo y entregarse por completo a la nada.

¡Ojalá que encuentres una mujer como ésa! Tú la mereces. Dentro de pocos días mi hijo cumplirá tres años. Ha crecido mucho. No debo quejarme. No puedo quejarme.

Por lo que se refiere a mi carrera, tampoco tengo nada de qué estar molesto. Es verdad que mis avances son muy pequeños, pero eso se debe a que en el medio existen muy buenos elementos. A mí me falta lo que llaman oficio. ¿Recuerdas que yo pensaba que con tan sólo sentir las cosas profundamente y de una manera distinta podría ser escritor? Aquí he aprendido que no. Hay que saber decir las cosas de acuerdo a un orden y a un sistema. Aunque a veces lo que yo trato de decir por culpa del orden y del sistema se transforma en otra cosa, en otro sentido.

—Las cucarachas rojas y azules se pasean por mi cuerpo. Estaba perdido. Lo único que me quedaba era someterme, no presentar resistencia, ya que de lo contrario todo sería peor. Mis piernas fueron las primeras en ceder. ¡Imbéciles! El turno le tocó al estómago, después al pecho, a la garganta, a la cara. El triunfo era de las cucarachas. Pero mi boca no se sometió; se defendía fieramente lanzando escupitajos y maldiciones. Los animales retrocedieron un poco y prefirieron ir tras de mis brazos. Los ocuparon todos, pero al llegar a las manos sucedió lo mismo que con la boca. Las cucarachas tuvieron que retroceder. Mis miembros al ver que el cuerpo ya no prestaba ayuda, decidieron obrar por su cuenta. Las manos avanzaron rápidamente por la alfombra y empezaron a trepar por la pared. Las cucarachas rojas fueron tras de ellas. La boca caminaba defectuosamente abriendo y cerrando los labios. Las cucarachas azules fueron tras de ella. Era una carrera decisiva. Mis manos, en la pared, se aferraron a una imagen santa que estaba colocada en un nicho, pero al contacto de la carne se deshizo en pedazos. Mientras tanto los animales ganaron terreno. Mi boca tomó rumbo a la ventana, pero el papel con el cual estaban hechas las cortinas la hacían resbalar. Llegó un instante en que la distancia entre los combatientes fue mínima. Mis miembros hicieron un último esfuerzo, pero resultó vano.

El golpe de gracia iba a sonar.

—¡Papá! ¿Qué es ser un hombre?

Mi hijo, mi pequeño hijo fue el que hizo la pregunta. Y al conjuro de su voz todo volvió a ser normal. Sonreí. La luz que penetraba por la ventana me dejó ver por un instante el agujero que había en la pared, y por el cual entraba una cucaracha.

Pero no te preocupes que sabré dominar todo eso. Tal vez con suerte, para el año próximo te enviaré algunas publicaciones mías. Se que te alegrarán. Lo mismo que a todos los que allá dejé.

No quisiera despedirme tan pronto pero el tiempo es oro. Te prometo que sabrás más de mí. Contestaré religiosamente los envíos que me hagas. Podrás estar al tanto de todos mis pasos. Salúdame a los amigos y diles que cuando estoy contento me acuerdo de ellos, y que cuando estoy triste no sólo me acuerdo de ellos, sino que los siento a mi lado platicando.

¡Cuidate! ¡Sé feliz! Tu amigo que te quiere: Enrique.

Posdata.—Me olvidaba, el nombre de mi mujer es Ruth, y ven pronto amigo, ¡ven a salvarme!, devuélveme con la gente. ¡Ayúdame!